

Leyendas, aventuras y otras narraciones de nuestro patrimonio inmaterial

Francisco Lázaro Polo

Giovanni Pinna, basándose en la reunión de la UNESCO de marzo de 2001, habla de tres categorías en el complejo panorama del patrimonio inmaterial. La segunda categoría, que es la que más nos interesa en este contexto en el que hoy nos encontramos, se refiere a todas expresiones individuales y colectivas que no tienen una forma física, como es el caso de la lengua, la memoria, las tradiciones orales, las canciones y la música tradicional no escrita. Aspectos relevantes para la Convención de 2003, cuyo fin era la salvaguarda del Patrimonio Cultural Inmaterial, reunión celebrada como 32 de la UNESCO, del 29 de septiembre al 16 de octubre de 2003. Eso es precisamente de lo que voy a hablar en mi intervención, de leyendas, historias y aventuras en la geografía turolense, en cuanto que todas ellas suponen un corpus que forma parte de ese valioso patrimonio cultural inmaterial, cuya capacidad fundamental es la de simbolizar, en cuanto que admite interpretaciones que hablan de imaginarios colectivos, de idiosincrasias, de forma de ser de una tierra y de unas gentes. Algo que se consigue sin que este patrimonio llegue a congelarse, ya que este legado patrimonial no se puede mantener sin cambios. Buena prueba de ello son las diferentes versiones de canciones populares o de leyendas que podemos encontrar en cualquier parte del planeta. De ahí que abunden estudiosos en este materia que se muestren reticentes a declarar BIC el patrimonio inmaterial, aduciendo que la protección lo ahogaría, ya que, por su misma esencia, este es un patrimonio vivo y dinámico. Por lo que el efecto protector generaría en él consecuencias no buscadas.

En mi caso, desde hace años, he sentido la necesidad y me ha encantado recoger narraciones populares, cuentos, leyendas, sobre todo de nuestra provincia de Teruel para trabajar con mis alumnos de secundaria y de bachillerato. Para descubrir en ellas señas de nuestra identidad, el espíritu de nuestro pueblo, sus valores. Con frecuencia las he recreado y hasta manipulado. Y no me importa, aunque, en ocasiones, algunos eruditos me han acusado de embaucador, de cuentista. Por lo que en mi descargo siempre aduzco que no soy historiador, sino profesor de literatura y fabulador. De ahí

que me considere con licencia, algo que no tiene el historiador, para mezclar la historia con la poesía, que es lo que hacen las múltiples leyendas que encontramos, a lo largo y ancho de la geografía turolense. Sin ir más lejos en la Sierra de Albarracín, que es donde hoy nos encontramos y que será el espacio que más utilice como referencia en mi exposición.

Esos cuentos, esas leyendas, esas narraciones populares, a las que me vengo refiriendo, aparte de para entretenernos, escuchándolas, aparte de para conocer a las gentes que habitan esta tierra, por el sentido oculto que encierran, pueden servir también como instrumento de desarrollo del turismo cultural. Algo tan vital para estos pagos; un turismo que, precisamente, tiene como cometido conocer la gente, distintos monumentos, lugares históricos, edificios singulares, espectáculos, gastronomía... Elementos todos ellos, sin duda, incardinados y que caminan de la mano con el anhelado desarrollo local, tan necesario en los pueblos de la Sierra de Albarracín y en tantos otros de las distintas comarcas turolenses. Y es que, insistimos una vez más, el patrimonio legendario y mítico, esas narraciones, orales o escritas, de sucesos fabulosos que se cuentan como si fueran históricos, puede convertirse en motor de desarrollo económico, de desarrollo endógeno del lugar donde se encuentra. Al fin y al cabo, se trata de un patrimonio que pertenece al pueblo, por ser el mismo pueblo quien lo crea, partiendo de un hecho real, de una anécdota, de un hecho histórico, de una idea religiosa, de una devoción... Todo ello, obviamente, estimulado por la fantasía y por la poesía.

Hay diferentes tipos de leyendas y de narraciones populares. Las clasificaciones son amplias. En Aragón han ofrecido algunas el historiador Antonio Beltrán o el historiador y novelista José Luis Corral. Abundan las de amor; las de diablos, las de brujas, las de personajes proverbiales, las de moros, las de dragones y otros animales fabulosos, las de hadas, las de santos, las de vírgenes.... De todas tenemos muchos ejemplos en la Sierra de Albarracín y en el resto de la provincia de Teruel. Un extenso territorio en el que proliferan personajes extraordinarios. Basta recordar nombres como los de Miguel Bernabé, en Báguena; los hermanos Martínez de Gombalde, en Bueña; Pedro de Ahones, en Cutanda o Calamocha; El Cid, en varios pueblos, como pueden ser Cella o Calanda; Miguel Pellicer, también en este último pueblo; Benita Portolés, en Alcañiz. En la Sierra de Albarracín encontramos personajes singulares como Pedro Ruiz de Azagra, señor de Albarracín, aquel que colocó su espada al pie de la Virgen e hizo la promesa de no reconocer sobre la tierra otro vasallaje que no fuera el de Santa María. Por lo que se hizo llamar, desde ese mismo momento, "*Vasallo de Santa María y Señor de Albarracín*". Es el mismo personaje de quien el pueblo, llevado por la admiración que sentía hacia él,

cuenta que ayudó al Campeador en la conquista de Valencia, por supuesto una historia apócrifa. Don Pedro es, asimismo, protagonista de bellas historias de amor, como la que compartió con doña Alba, esposa del rey Lobo. Una historia de amor que puede compararse con las que se desarrollan en otros puntos de la geografía turolense, como la de Los Amantes de Teruel, esa que tantos recursos económicos genera para esta tierra, con sus recreaciones anuales en el mes de febrero. Espectáculos y recreaciones legendarias que trascienden lo local constituyen, en muchos puntos de España, una fuente de ingresos económicos importantes. Y se me permite, aprovechando que hablo de la recreación de las bodas de Isabel de Segura, voy a utilizar este foro para señalar algo que ignoran muchos turolenses. Desde el punto de vista de la propiedad intelectual, los elementos que componen el patrimonio inmaterial de una comunidad concreta son “hechos no protegidos”, o, en el mejor de los casos, obras que están ya en el dominio público y que por tanto pueden ser utilizadas por todos. Entre otros, tenemos como ejemplo, el Misterio de Elche. Por tanto, la propiedad intelectual no protege directamente estas manifestaciones de la cultura popular, que son de dominio público. Algo que no se cumple y que no ha tenido efectividad, dando lugar a enconadas polémicas, en las recreaciones medievales de febrero en la capital de nuestra provincia.

Y sigo con las historias de amor, comparando la de Los Amantes y las que protagoniza don Pedro Ruiz de Azagra, con las que se entablan entre miembros de la familia de los muñones y de los marcilla, en Teruel, o con la historia de los amantes de Montalbán, casi más romántica que la de Juan Martínez de Marcilla e Isabel de Segura. O como las que protagoniza el rey Jaime I, que no en vano apodaban el Conquistador. Bellas historias de amor todas ellas, de carácter legendario, que continúan en la Sierra de Albarracín nutriendo nuestro valioso patrimonio cultural inmaterial. Cabe recordar la de El fraile y la monja, que podemos situar en Bronchales y que cuenta cómo dos amantes, un fraile y una monja, terminaron convertidos en dos esbeltas piedras. Por cierto, hay muchas piedras legendarias en tierras turolenses: la piedra del sapo en Alcalá de la Selva y muchos pilares. Y bella es la historia de amor que propició la construcción del acueducto para llevar las aguas del río Guadalaviar a los secos campos de Cella; una historia que se desarrolla entre el hijo menor del rey moro de Albarracín, Abén Racín, y Zaida, la bella hija del señor de Cella. Porque conviene señalar que el amor, en tierras turolenses, explica muchos edificios y monumentos. Además del acueducto mencionado, podemos traer a colación el paradero de Mirabayo, en Híjar; las torres mudéjares de San Martín y del Salvador, en Teruel; el puente de doña Elvira, también en la capital de la provincia.... Arquitectura y amor andan estrechamente unidos en esta tierra.

Con frecuencia, el amor y su magia tienen como protagonistas a gentes de distinta religión. Lo que lo hace más hermoso. Algo que puede explotarse como recurso educativo, además de turístico, para resaltar valores o virtudes públicas como la tolerancia, el diálogo, la alianza de civilizaciones, la convivencia pacífica, el respeto a la diferencia. Hay amores que se dan entre una musulmana y un cristiano, como sucedió entre la hija de un rey moro de Albarracín, cautivada por los encantos del Cid Campeador, un guerrero que frecuentaba las tierras aragonesas desde donde preparaba la conquista de Valencia y un personaje protagonista de muchas leyendas. Por cierto, la muchacha terminó convertida en estrella. Unida a esta, encontramos otra leyenda de amor, concretamente en Calomarde, donde existe una cueva, conocida como la del moro, de un moro enamorado de una cristiana. Así como en Guadalaviar es posible encontrar la Cueva de la Mora, de la que cuentan que, de su interior, todos los años, cuando amanece el día de san Juan, surge una hermosa doncella y se dirige hacia una fuente cercana, para sentarse en ella y peinar sus cabellos.

Es evidente, a la luz de estas manifestaciones, que la serranía de Albarracín reclama una ruta de amor como reclamo turístico o una ruta de encuentro de civilizaciones. En ella, además de las enumeradas, podrían integrarse otras historias, en algunas de las cuales el amor anda de la mano con el honor. Estas historias explicarían edificios singulares, como, por ejemplo, la casa linajuda de la ciudad de Albarracín, conocida como la casa de la Brigadiera, hoy convertida en establecimiento hotelero. O la torre de doña Blanca, también en Albarracín, situada al lado de la iglesia de Santas María, un torreón que debe su nombre a esa infanta aragonesa que todos los años, en las noches estivales de plenilunio, desciende desde lo alto de la ciudad hasta el río Guadalaviar para bañarse en sus aguas. Lo hace la muchacha en forma de sombra. Particularmente, siempre he emparentado esta leyenda con la de El rayo de luna de Gustavo Adolfo Bécquer, ambientada en tierras sorianas. Casi todas estas leyendas tienen que ver con el amor imposible, el amor como quimera; en definitiva, el amor romántico, tantas veces recreado en este tipo de historias. Por cierto que, según reza otra narración popular, la personalidad de doña Blanca, pasado algún tiempo, fue usurpada por una hermosa judía que se negó, también en Albarracín, a cumplir el decreto que obligaba a su pueblo a abandonar España o, como los judíos la llamaban, Sefarad. Desde la Torre de doña Blanca descendía la gallarda judía; y lo hacía igualmente en las noches de plenilunio estival, con el mismo fin que la infanta aragonesa: bañarse en las aguas cristalinas del río blanco. Un pastor, que la vio, se lo contó a su señor,

el alcaide del castillo de santa Croche. Otro lugar que podría incluirse en esa hipotética ruta del amor a la que antes me he referido o en la ruta del encuentro de civilizaciones. Y fue el atrevido Heredia, que así se llamaba el responsable de la fortaleza, quien encontró a la mujer, que se presentó al caballero como la sombra de doña Blanca. Detenida, sin embargo, no le quedó otro remedio que contar su triste historia y los motivos que le habían llevado a ejercer el papel de impostora. Conducida al castillo de santa Croche, tras convertirse al cristianismo, el joven Heredia la desposó.

Además de don Pedro Ruiz de Azagra, en la Sierra de Albarracín podemos toparnos con otros personajes extraordinarios, proverbiales, que forman parte de nuestro valioso y singular patrimonio inmaterial. Algunos se encuentran en obras de escritores consagrados por la tradición o por la historia literaria, como los hermanos Baroja: Ricardo y Pío. Aprovecho de nuevo este foro para lanzar otra idea que puede ser como revulsivo turístico: la ruta literaria barojiana, en el Maestrazgo y en la Sierra de Albarracín. Porque no cabe duda de que, casi con seguridad, han sido los hermanos Baroja los vascos más ilustres que han pisado las tierras turolenses, convirtiéndolas en escenarios de sus creaciones o de sus vivencias. Ricardo Baroja Nessi es famoso por una valiosa obra pictórica, por sus impresionantes grabados y por una aceptable obra literaria. Su hermano, Pío, es el novelista de la Generación del 98 y uno de los mejores narradores de la literatura española. Ricardo fue destinado en 1900 al archivo de Hacienda de Teruel. En un jugoso capítulo de su libro *Gente del 98*, que lleva por título *Viaje extravagante*, cuenta sus experiencias en tierras turolenses. En su viaje de Madrid a Teruel, pasa por Albarracín. Pronto la noche envuelve con su manto la ciudad. La posada de Narro resulta un buen lugar para pasarla. En el citado local, en medio de un ambiente tenebrista, un hombre extraño cena valiéndose para ello de una cuchara de boj. Se trata de un pintor, acuarelista inglés. Su colega, el vasco recién llegado, lo acompaña en el ágape. Sobre la mesa destacan unos sabrosos huevos fritos que se codean con unos torreznos no menos succulentos. Ambos, Ricardo y José Sttanford Gibson, que así se llama el inglés, hablan como no podía ser de otro modo de pintura. Sttanford termina la conversación noctámbula recomendando a Baroja que pinte tipos de Albarracín, tipos de esa España profunda que tanto encantaba a los noventayochistas, como: "*... el canónigo Machacosos, modelo que Goya hubiera pintado a gusto; el señor Paco, el del Arrabal, buen tipo para retratos de género, con sus calzones, su chaleco con botones de oro, su faja y el zorongó liado a la cabeza. Luego, la misma señora Francisca, la posadera*". Tras la cena y terminado el coloquio de sobremesa, ambos pintores salen a la calle. En ella reina una atmósfera extremadamente

poética. Baroja y Sttanford pasean por la inolvidable ciudad, al menos lo era para José Sttanford, que huía, cada día más, de la fealdad del mundo, de la contaminación y de su masificación. Buscaba la paz y la tranquilidad, cierto misticismo. Por eso venía a Albarracín desde hacía la friolera de veinte años. El pintor tenía muy en cuenta aquello de que: "*... en España hay dos pueblos admirables: uno, Fuenterrabía; otro, Albarracín*". Con pasión, pontificaba el inglés: "*¡Son dos hermosas mujeres españolas!*" A Pío Baroja, el acuarelista inglés le sirvió de modelo para un personaje de su novela *El mayorazgo de Labraz*. Pío Baroja recorrió la Sierra de Albarracín. Debió de ser en los últimos años de la segunda década del siglo XX, dato que se desprende claramente de la lectura del prólogo de la barojiana novela *La nave de los locos* (1927), en la que el autor se sirve de un personaje, Alvarito Sánchez Mendoza, para contarnos sus propias experiencias. Este realiza dos viajes por España, para Baroja auténtica nave de locos. En uno de ellos, el personaje en cuestión se dirige a Cañete, en Cuenca, con el objetivo de cobrar una herencia de su abuelo materno. Alvarito pasa por diversos lugares de la geografía turolense, entre ellos Orihuela del Tremedal: "*... un pueblo blanco, con aire andaluz o valenciano, con bastantes calles y la plaza con una fuente en medio*". Asimismo, Baroja alude, en la descripción de esta población turolense, al santuario de la patrona del lugar, la Virgen del Tremedal, y a esos enigmáticos accidentes geográficos que abundan por aquellos parajes como son los tremedales o tembladeras: "*... lugares cenagosos de turbas que tiemblan y engañan, pues parecen firmes, y en ellos puede desaparecer a veces hasta un hombre a caballo*".

En la posada de Orihuela, uno de esos espacios que tantas veces plasmó Ricardo Baroja en sus aguafuertes de la serie *Estampas españolas*, una posada "*... grande, anclada, con zaguán ancho, seguido de un pasillo y puertas azules*", Alvarito tiene la ocasión de escuchar la historia trágica que narrará un saludador. Su oficio consiste, según cuenta, en sanar bestias y personas a través de conjuros aprendidos en libros. El personaje es un excombatiente de las guerras carlistas y relata una historia de venganzas, celos, amores y desamores, pero siempre de final trágico. El tipo volverá a aparecer en las *Memorias* de Pío Baroja, concretamente en la sexta parte, donde es calificado de "*mendigo siniestro*", uno más de esa fauna de tipos oscuros que aparecen reflejados en las trilogías novelescas del narrador vasco. En su camino hacia Cañete, Alvarito divisa la ciudad de Albarracín, que se encuentra situada: "*..., sobre cerros blancos y amarillentos, en un cielo azul, tachonado de nubes como bloques de mármol*". La primera impresión que le produce esta visión es que se halla ante una ciudad importante y grande. No se ve un alma por la calle: "*Aquel pueblo trágico, fantasmático, erguido en un cerro, con aire de ciudad importante, con catedral y sin gente en las calles, ni en las ventanas, ni en las puertas, le produjo enorme sorpresa*". En un café pequeño, Alvarito tiene la ocasión de contemplar a una serie de tipos pintorescos, como los que Sttanford, el acuarelista inglés, había sugerido que pintase a Ricardo Baroja en la

posada de Narro. Tipos como el boticario del lugar, un maestro famélico y un tejedor al que llamaban *El Epístola*, hombre que había vagabundado por España y trabajado en Lyon, sansimoniano metafísico, amigo de divagar, pero que se explicaba de una manera original cuando reflexionaba acerca de los vicios y de las enfermedades de España y de los españoles. Sin duda, un regeneracionista, un bisabuelo de Teruel existe.

A los tipos proverbiales pertenece el tío Gordo de Noguera. Aquel de quien cuentan que rondaba por entre los pinares de Bronchales; corpulento y de mala catadura; despiadado, que vivía del pillaje. Aunque no siempre había sido así. Antes de convertirse en una bestia, era un pacífico y afable labriego que vivía felizmente en Noguera con su esposa. Hasta que esta situación cambió de repente; sin que nadie llegase a conocer la causa. Tal vez una acalorada discusión, el caso es que el tío Gordo hundió un cuchillo en el pecho de su mujer. Espantado por el crimen, huyó despavorido, buscando refugio en el bosque. Allí se convirtió en una alimaña. Hasta que se produjo el encuentro con un bondadoso ermitaño, que alternaba el cuidado de un pequeño rebaño de cabras con la oración. Entre la frondosidad del bosque, un milagro acababa de operarse, puesto que, desde aquel mismo día, el Tío Gordo cambió de vida. Ya nunca más hizo mal a nadie, ni ocasionó desgracia alguna. Solo una fuente, la del tío Mantecas, en Orihuela, recuerda en la sierra a este personaje proverbial. Sin duda relacionado con el Sacamantecas, el Tío Saín o el Tío del Saco. Todos asustaniños, amenazas de las madres de otros tiempos para que sus hijos fueran obedientes

También las fuentes, con sus hadas, ninfas y ondinas, se vinculan a la leyenda. Recordemos la Fuente de la loba, lupina o de santa Lucía, en Alcañiz, vinculada a la fundación de la ciudad; la fuente de la Linda, en Monreal del Campo, que alude a una dócil pantera; y, en la misma localidad, los Ojos del Jiloca, donde reposan dos mujeres que huían de la tiranía, buscando la libertad. Por su parte, en la serranía de Albarracín, cerca de la Cueva de la Mora, en Guadalaviar, a la que antes me he referido, se encuentra la Fuente de los Mozos, donde los recién casados iban – desconozco si aún siguen yendo – a celebrar un segundo banquete nupcial. Al hilo de lo cual, también opino que serían necesarias rutas turísticas, en las que se mezclara la ventura y la cultura, cuyo núcleo temático fuesen las fuentes con sus respectivas leyendas. Sin duda, estimularían el turismo de nuestros pueblos. Sin ir más lejos, en Frías de Albarracín, nos encontramos con la Fuente de la Mentirosa o Burlona, ya mencionada en sus versos por el poeta bilbilitano Marcial, una fuente intermitente, porque arroja a intervalos su caudal. Su origen también es legendario. Y está unido al nombre de una princesa árabe de la corte de Albarracín. De

ella cuentan que siempre estaba encerrada en su alcázar; por eso, desde sus aposentos, no había día en el que no soñase con vagar libremente por las montañas y los bosques, con acariciar las aguas cristalinas de las fuentes y de los arroyos, con escuchar el canto de los pájaros y con exhalar el aroma de las flores. Todo era, sin embargo, en vano, ya que su encierro lo había preparado su padre, el rey. Lo había hecho con el fin de entregarla a un enlace matrimonial ventajoso para los intereses políticos que más le convenían.

Harta de tanto cautiverio, una noche de verano, la joven encontró la oportunidad que esperaba. Escapó y se adentró en el oscuro misterio de los bosques para disfrutar de la libertad con la que siempre había soñado. Caminó sin parar, hasta que llegó a los montes de Frías. Allí encontró las ruinas de un castillo donde se escondió con el fin de tenderse y descansar. Tuvo suerte, porque, a sus pies, brotaba un pequeño hilo de agua, con el que sació su sed. El cobijo le pareció ideal para vivir. Entretanto, enterado el padre de la desaparición de su hija, emprendió su búsqueda. Sin resultados. Ni magos ni adivinos fueron capaces de proporcionarle noticias de la princesa. Hasta que apareció una hechicera que confirmó al rey que su hija vivía, que nadie la había raptado y que era ella la que libremente se había marchado del palacio. También le dijo al rey que no podría encontrarla, pero sí castigarla a distancia. Encolerizado, el padre encargó a la maga que ni la enfermedad ni la muerte alcanzasen a su hija, pero que sufriese eternamente como sufren los animales del bosque a los que trataba de imitar, viviendo en completa libertad. Además, el rey moro pidió a la hechicera que, cuando su hija se acercase a saciar su sed en la fuente que manaba en el lugar que había escogido como morada, las aguas se apartasen de sus labios para que no pudiese saciarla. Y lo cierto es que la princesa convertida en hada, con una sed insaciable y eterna, todavía hoy, al cabo de los siglos, sigue vagando por los bosques de Frías.

Pero no solo de amores alimenta la provincia de Teruel y la Sierra de Albarracín su imaginación. El imaginario colectivo está poblado de objetos prodigiosos o milagrosos, como espadas o cruces. Respecto a estas últimas, recordemos la cruz de Hituelo en Blesa, vinculada a una historia de amor entre un judío y de una cristiana; y la de la Plaza nueva, en Calceite, una cruz maldita, a la que el pueblo relaciona con el diablo. Otra cruz de renombre es la que existió en el campo de san Juan, en Albarracín. De ella se cuenta que el día del entierro de fray Juan Bautista de Lanuza, obispo de la ciudad, se inclinó ante su féretro, volviendo a erguirse al cabo de un rato y recuperando su forma primitiva.

En otro orden de cosas, señalaremos que el imaginario colectivo turolense, tal vez condicionado por la pobreza y la necesidad, también está poblado de tesoros. Estos abundan por doquier: el tesoro de Cañarda, en Castellote; el tesoro de la Hoya quemada, en Mora de Rubielos; el tesoro de la reina mora, en Cuevas de Cañart. En Monreal del Campo existen nada menos que dos, el de Alí Mohal y el de Mustafá. Es verdad que nadie los ha encontrado, pero están ahí. También los hay en la serranía de Albarracín. Como el tesoro que escondió Lázaro en la leyenda de La Moricantada y que tampoco nadie lo ha encontrado en Ródenas. O como toro de oro, una pieza que, al cabo de los siglos, aún sigue escondida en la Muela de san Juan, en Griegos, y de la que aseguran que aparecerá cuando la antigua ciudad de la Muela, destruida por los árabes, sea reconstruida y brillen de nuevo los palacios y jardines que, en un tiempo lejano, la dotaron de paz y esplendor. O como esa iglesia de oro que existe en algún lugar del término de Bezas y que, según cuentan, descubrió una pastora, gracias a un resplandor surgido de las entrañas de la tierra, mientras la muchacha buscaba una de las ovejas de su ganado que se le había extraviado. Todavía hoy, hay quien asegura aquí que, cuando los días empiezan a acortar, entrado ya el otoño, unos resplandores con tonos dorados surgen de las mismas entrañas de la tierra. ¿Nos imaginamos una ruta de tesoros a lo largo de la geografía turolense? La afluencia de cazadores de fortuna, llegados a Teruel de todas partes de España, en una época de crisis, de deseos insatisfechos, de voracidad por tener más que por ser, sería interminable. Otro revulsivo, pues; otro estímulo turístico.

Con los tesoros también han estado vinculados ciertos animales, casi todos fabulosos. Varios son los dragones que encontramos en la provincia. Un ejemplo es la sierpe de Vadealgorfa, a la que vence santa Clara de Asís; otro, la fiera de Corbalán, también un dragón con el que acabó un valiente, sin duda san Jorge. Por otra parte, también existe la absoluta certeza de que un dragón sobrevuela constantemente la Sierra Palomera, un animal que no es otra cosa que un joven que fue transformado así por dioses benefactores para librarlo de ser sacrificado a otros dioses crueles y sanguinarios.

Por la sierra de Albarracín, en tiempos remotos, también pasearon animales fabulosos como el dragón de Bronchales, ese que, según cuentan, habitaba en una cueva, situada al lado de la Fuente del Hierro. A pesar del aspecto terrible de la bestia y del pánico que producía en el común de los mortales, el dragón no atacaba, ni hacía daño a nadie. Su única agresión tenía lugar con la mirada, pues con ella encantaba. Su historia ha sido recreada recientemente por Antón Castro en su libro de relatos *Los seres imposibles*. El poder lo ejercía sobre todo con los pastores, mientras estos cuidaban sus rebaños de ovejas en los alrededores de la cueva en la que el monstruo habitaba. Cuando la bestia fijaba sus ojos sobre ellos, estos quedaban como muertos. Del letargo despertaban al cabo de algunas horas y, al abrir los ojos, contemplaban con una mezcla de estupor y de rabia cómo el espantoso animal les había robado la merienda. Tampoco las mujeres se libraban de su fascinadora mirada. Sobre todo aquéllas que tenían niños pequeños a los que amamantaban. Una vez que las adormecía, usando de sus habilidades encantadoras, el animal se aplicaba a sorber la leche que estas mujeres albergaban en sus pechos para alimentar a sus hijos. La tropelía cometida por la bestia hacía que los pequeños quedaran sin alimentos; lo que generaba un intenso y desgarrador llanto por su parte.

La situación era insostenible y había que terminar con la bestia. Para ello se reunieron los habitantes de Bronchales y de sus alrededores, acumularon leña del bosque en las dos entradas de la gruta y le prendieron fuego. Esto hizo que el dragón montase en cólera; enfurecido, quiso salir. De nada le sirvieron, sin embargo, sus esfuerzos. El animal murió asfixiado. O eso es, al menos, lo que creen las gentes del lugar, porque lo cierto es que ningún resto de su cuerpo apareció.

Además de animales fabulosos, también otros seres extraordinarios como el diablo tienen su morada en distintos pueblos de la geografía turolense. Lo encontramos merodeando por los alrededores de la ermita de Nuestra Señora del Tremedal, en Orihuela; en Monreal del Campo o en la misma capital de la provincia, intentando obtener el alma de alguna coqueta doncella a cambio de ayudarles a conseguir la eterna juventud o algún otro don para satisfacer sus

deseos amorosos; lo encontramos en Mirambel poseyendo a curas, anegados de lujuria, a los que Pío Baroja convierte en personajes de su novela La venta de Mirambel. En la Sierra de Albarracín, todavía hoy es posible encontrar huellas demoniacas, como ocurre en Frías de Albarracín. Cuentan que por aquella tierra vivía un pastor de cabras. Cada mañana reunía su ganado y se alejaba del pueblo, buscando el bosque. Subía cumbres, descendía precipicios, buscando siempre el alimento de arbustos tiernos para sus animales. Conocía cada rincón y vericuelo por escondidos que estuviesen. Sólo un pequeño espacio le resultaba desconocido. Se encontraba en el interior del bosque. Era un lugar misterioso que producía cierto temor. Y todo porque aseguraban los habitantes de aquellas sierras que ese trozo de bosque, poblado de pinos corpulentos y gigantescos, con rocas escarpadas, pertenecía al diablo. De hecho era conocido como "El bosque del diablo". Nadie hasta entonces se había atrevido a penetrar en aquel recinto. Los pastores, cuando llegaban a sus proximidades, silbaban a sus ovejas y a sus cabras para que no comiesen hierbas y arbustos de aquellos dominios del diablo.

Un día, sin embargo, el pastor llegó al lugar. Desde la cima de un peñasco contempló el misterioso paraje, pero en él no avistó ningún diablo ni cosa que se le pareciese. Pensó que, tal vez, todo lo que contaban sus paisanos era pura fantasía, propia de gente supersticiosa y cobarde. Y, sin pensarlo dos veces, bajó con su rebaño de cabras y penetró en el temido lugar. Mientras comían sus animales, el pastor se entretenía en golpear con su cayado los pinos. Sus golpes resonaban por entre las montañas con sonidos extraños; a continuación, el joven tocó la flauta. Al cabo del rato, sin embargo, las cabras y las ovejas dejaron de repente de comer y como si se hubiesen vuelto locas por el pánico, emprendieron una acalorada huida, sin orden ni concierto, ya que lo hacían en todas direcciones. El pastor no entendía lo que pasaba, hasta que se dio cuenta de que de la parte más oscura del bosque salían unos extraños resplandores y un fuerte olor a azufre que acompañaban a la figura repugnante del diablo, figura que se adivinaba presa de la ira. El joven, al contemplar tan turbador espectáculo, imitando a sus animales, también emprendió la huida,

escalando rocas escarpadas y descendiendo barrancos intransitables. Corría como un rayo, pero a la misma velocidad, detrás de él, corría el diablo, que no cesaba de perseguirle. El Maligno lanzaba unos rugidos que se escuchaban por todos los valles y montañas de la contornada. Por fin, tras muchos esfuerzos, el pastor consiguió llegar al río, cruzándolo desesperadamente. Logrado el propósito, volvió la cabeza y se percató, con gran regocijo, de que el diablo había dejado de seguirlo.

Totalmente lívido, con la cara desencajada por el miedo, el muchacho llegó al pueblo y contó a todos los vecinos lo que le había sucedido. Sin embargo, nadie quería creerlo, porque pensaban que el cabrero se había vuelto loco. Pero, al día siguiente, las gentes de Frías pudieron contemplar cómo, sobre las rocas que se encuentran en las orillas del río, había marcadas unas huellas extrañas, que no pertenecían a persona ni animal conocido por aquellos parajes. Eran las huellas que, en su persecución, había dejado el diablo. Huellas famosas en la provincia de Teruel, aparte de las de los dinosaurios son las que dejaron caballos como el del Cid o el del apóstol Santiago.

El diablo también aparece en Tramacastilla, un enclave al borde de un hermoso valle, regado por los ríos Guadalaviar y Garganta. El nombre de pueblo parece tener el origen en la existencia de dos castillos que defendían los accesos al valle citado y que se asentaban sobre dos enormes peñascos: la Peña del Castillo y El Cabezo. Cuando llega la noche, la Peña del Castillo parece la sombra de un gigante que custodia al pueblo y su entorno. Un camino discurre por entre esos huertos. Se llama la Calleja. Parte desde el pueblo y llega hasta la vega de Argalla. Una vez que atravesamos el río Garganta, a la izquierda, a la vera del camino, podemos encontrar un pequeño huerto, conocido como El Huerto de las Almas. Su nombre responde al hecho de que sus dueños, hace muchos siglos, lo gravaron con un censo en sufragio de sus difuntos.

Pasó de padres a hijos. Todos respetaron la carga que pesaba sobre él. Hasta que la finca cayó en manos de un miembro de la estirpe, caracterizado por su avaricia, lo que le llevó a dejar de satisfacer durante años la sagrada

carga. Cuentan que una noche del mes de septiembre se encontraba el pusilánime dentro del huerto, guardaba los abundantes frutos con los que los árboles allí existentes habían regalado aquel año, temeroso el codicioso de que alguien los hurtase. Bajo un enorme nogal se disponía nuestro hombre a pasar la noche, contemplando la Peña del Castillo, ese gigante misterioso. Todo era oscuridad y silencio aquella noche. Hasta que, de pronto, inmensas llamaradas comenzaron a surgir de lo alto de la Peña del Castillo, luces siniestras que iluminaban todo el valle y se reflejaban misteriosamente en los ríos. De entre las llamas apareció una extraña figura montada a caballo; una brasa gigantesca que resplandecía en medio de la noche.

Como un relámpago, jinete y caballo se precipitaron de un salto desde la cumbre del peñasco y en rauda carrera, tras atravesar el pueblo, se dirigieron a Argalla, a través de la Calleja, pasando al lado del Huerto de las Almas. La terrible visión fue contemplada por el hombre avaro y mezquino, que sintió pánico al pensar que la diabólica figura se dirigía a él para atraparlo y llevarlo consigo. Pero el caballo continuó la marcha hasta perderse entre el espesor de los pinares que rodeaban el valle.

Al amanecer, el mezquino personaje que se había negado a satisfacer la deuda sagrada que sus antepasados habían contraído, contó a los habitantes de Tramacastilla lo que había visto. Todos lo creyeron, sobre todo cuando observaron, sobrecogidos, cómo en los bordes del camino la hierba aparecía quemada, con la marca de huellas producidas por unas herraduras de fuego. El avaro interpretó la macabra visión de la noche anterior como un aviso del cielo. A partir de entonces, pagó religiosamente la carga que pesaba sobre su huerto, el Huerto de las Almas.

Con el diablo se relacionan las brujas, las brujas de Cantavieja, localidad donde podemos encontrar la Cueva de la bruja; las brujas de Peñarroya de Tastavins, sometidas a rigurosos procesos inquisitoriales,; y todas las que acuden a los aquelarres del Javalón, ese pico de Jabaloyas de casi mil setecientos metros. Aseguran los lugareños que la montaña está toda hueca y que, en su interior, se

oculta una ciudad. Recordemos que en Calanda también existen conventos en las entrañas de la tierra. El Javalón sirve de punto de encuentro de todas las brujas de la Sierra de Albarracín. De cuando en cuando, llegan hasta su cima, otras amigas del demonio, en este caso, provenientes de los más remotos rincones del planeta. En otro tiempo, estas reuniones, llamadas sabáticas por celebrarse la noche de los sábados, tenían lugar al aire libre. Esa es la razón de que conozcamos lo que le sucedió a un joven pastor que guardaba su ganado en la falda del monte. Cuentan que, en cierta ocasión, el joven pastor presenció un aquelarre. Contempló a las brujas completamente desnudas, bailando en torno a un macho cabrío. El muchacho había escuchado a algún viejo de su aldea que de estas amigas del demonio podía obtenerse cualquier cosa. Sólo era cuestión de poner sobre sus ropas una cruz hecha con dos ramitas de ruda. Llevado a cabo el elemental ritual, la bruja quedaba obligada a conceder todo lo que se le pidiera. Y eso es lo que hizo el muchacho mientras las brujas enloquecidas bailaban sin parar alrededor del diablo, transformado en macho cabrío. Colocó dos ramitas de ruda sobre las ropas de una de aquellas mujeres, una bruja que se movía con una fuerza más poderosa que la de un huracán. Al terminar el aquelarre, la bruja se dirigió al joven pastor y le preguntó qué es lo que quería. Este le contestó que un diablo metido en una redoma. Durante algún tiempo conservó el pastor en su poder la extraña reliquia, hasta que un día el diablo expresó el deseo de abandonar su cautiverio. Pactó con su dueño que, a cambio de su libertad, le daría un valioso tesoro. Inmensamente rico, el pastor se casó con una hermosa joven de la que estaba enamorado, pero a la que nunca se había atrevido a declararse por pertenecer ésta a una familia de noble estirpe y muy rica.

Pero no solo amores, tesoros, diablos y brujas, también, en tierras turolenses, algunos alimentos tienen aroma de leyenda. Recordemos que la gastronomía es un elemento imprescindible en el turismo cultural. Con bastante frecuencia anda unida a la leyenda. Tal es el caso del famoso queso del Tronchón, por dos veces mencionado y alabado en El Quijote. Y es el caso de las humildes sopas de ajo. Un alimento vinculado al monarca Jaime I el Conquistador, un rey muy aficionado al ejercicio de la caza. De él se cuenta que,

en cierta ocasión, se encontraba cerca de Teruel, en el término de Gea de Albarracín, practicando su referida afición. Tuvo la mala suerte de caer enfermo. Había contraído una rara enfermedad, para la que los médicos no encontraban remedio. Tampoco los juglares, con sus historias y sus juegos, eran capaces de hacer sonreír su corazón. La situación era desesperada, ya que nadie lograba dar con la solución del problema. Hasta que uno de los súbditos del monarca, en un momento de inspiración, recordó un remedio que le había ido muy bien a un familiar suyo y que, aplicado al rey Jaime, podría también producir resultados satisfactorios. Ninguna objeción se puso. Por probar poco se perdía. El remedio consistía en preparar un bálsamo que con toda seguridad aliviaría al monarca: una mezcla obtenida hirviendo en agua unas cabezas de ajos y todo ello mezclado con pan. A primera vista, la cosa parecía fácil; pero no lo era, puesto que las tierras cristianas carecían de ajos. Los había, sin embargo, en tierras de moros, en el Levante.

Nada amilanaba a los soldados turolenses, siempre intentando complacer a su rey al que tanto adoraban. Por eso se ofrecieron seis jóvenes para adentrarse en tierras de moros y conseguir los codiciados ajos. Muchas dificultades debieron de sortear los valientes guerreros para obtener el botín que pretendían. Al final lo consiguieron, pero de los seis caballeros, sólo uno regresó trayendo consigo unas cuantas cabezas. El resto murieron luchando contra los musulmanes que encontraron en su camino. El rey tomó las sopas y sanó. Pero, una vez repuesto de su enfermedad, cuando tuvo noticia del precio pagado por los ajos exclamó: “¡Caros ajos!”.

Tan trágica experiencia sirvió para que Jaime I tomase la decisión de extender el cultivo de ajos por todos los rincones de su reino. Hoy, transcurridos varios siglos desde aquello, las sopas de ajo, con unas cuantas variaciones, son unos de los manjares más humildes, pero más exquisitos de la gastronomía turolense y aragonesa.

Podríamos seguir hablando de narraciones populares y leyendas que hablan de cuervos blancos en Beceite; de corazones que hablan, en Caminreal; de

bandoleras míticas, en Esteruel, de mujeres extraordinarias como Benita Portolés en Alcañiz, de robles milagrosos en Alcorisa, de olmos malditos como el de san Lázaro en Teruel, de piezas sagradas construidas por ángeles como Nuestra Señora de la Araña en Bordón, de lugares mágicos como la Escala Santa en Cabra de Mora, de santos especialmente vinculados a pueblos de la provincia como san Valero, santa Pelagia, santa Margarita; de cristos milagrosos como el de la Banda de Ojos Negros; de vírgenes como la del Tremedal en Orihuela o Nuestra Señora de los Dolores en Teruel; de castillos como los de Villed o Mosqueruela... Sería prolijo. Conformémonos con saber que, en este campo, nuestro patrimonio inmaterial es valioso y que con él nos podemos regocijar en cualquier momento, aparte de rastrear nuestra señas de identidad. Pero también es posible sacarle partido, siempre que seamos capaces de convertirlo en motor de desarrollo, en parte fundamental del turismo cultural, una alternativa para una tierra como la nuestra en la que su economía tradicional agraria y ganadera no andan en su mejor momento, en la que se cierran mataderos y fábricas. El patrimonio inmaterial puede completar la belleza del material. Al lado de una fuente, de una ermita, de un castillo, de un plato, de un santo hay siempre una leyenda que propicia su culminación estética. En una tierra pobre como la nuestra, como pasa con el cerdo, debemos aprovechar todo para sobrevivir. Por eso tenemos que aprovechar la magia, el misterio, el silencio y la leyenda. Como alguien ha dicho hacer tangible lo intangible, fundir el patrimonio inmaterial, elemento de la superestructura marxista, con la economía de la infraestructura. Todo lo cual nos debe conducir a pensar que buscar tesoros legendarios puede servir para desarrollar el turismo de aventura; todo lo cual nos tiene que convencer de que degustar las míticas sopas de ajo o visitar una fuente legendaria puede ser un acto práctico de turismo cultural. Alguna de estas ideas ha ido cayendo a lo largo de mi exposición. Y no me voy a alargar ni a repetir más. Así que muchas gracias.